

Este segundo objetivo no podemos, por supuesto, alcanzarlo hasta que hayamos realizado el primero. Pero el primero—o sea hacer cesar las hostilidades, y firmar un tratado—no sería sino un muy precario y transitorio armisticio, de no constituir una salvaguardia durable y adecuada contra toda posibilidad de nuevos conflictos.

No forma parte de nuestros propósitos en este movimiento, según entiendo y dentro de mi esfera de acción, recorrer el país, bandera en mano y a toque de clarín, o por decir así incitando el ardor bélico de la nación. El pueblo británico no necesita de estimulantes. Su decisión es firme, prefiere continuar dando sin escatimar su sangre y sus tesoros, a permitir que los incalculables sacrificios que él y sus aliados, grandes y pequeños, han hecho, sean inútiles. No, es precisamente porque miramos, a través de las nubes de humo de los campos de batalla, los ideales que nos obligaron a entrar en guerra, por lo que creemos necesario que esos fines sean claramente expuestos, con exactitud, recalcándolos y si el caso se presenta volviendo a recalcarlos. Espero, en consecuencia, que se me perdonará si, al poner de mi parte lo que puedo para la realización de esta tarea, os parece que repito de vez en cuando mis argumentos.

Ojalá pudiera decir lo mismo de las declaraciones, inspiradas o no, de los jefes y escritores que actúan por el momento como distinguidos expositores de la política alemana. ¿Cuáles son las circunstancias del caso por lo que a ellos se refiere? Meses ha, en los primeros días del régimen del nuevo Canciller, que debió su ascenso al triunfo del bando militar en

los consejos privados del Emperador, la mayoría del Reichstag concertó una serie mal combinada de fórmulas que fueron lanzadas al mundo con el nombre de «resolución de paz.» Puesta al debate en la Cámara de los Comunes, se notó cierta tendencia entre algunos grupos a considerarla, si no como negociaciones de paz, al menos como unas hojas de la rama de olivo.

Me permití, en tal ocasión, decir que compartía las dudas que el Canciller en persona parecía abrigar acerca de si él, o nosotros, o alguien en el mundo, entendía lo que en realidad quería decir aquella resolución. Esecticismo que los acontecimientos han venido ya a justificar, pues los mismos partidos alemanes no han cesado desde entonces de discutir acaloradamente sobre cuál ha de ser la interpretación correcta. La confusión creció al publicar el Canciller su respuesta subsecuente a la Nota del Papa.

No dudo que haya en Alemania, como de hecho hay en Austria, verdaderos y generales deseos de paz. En el Reichstag mismo, con todo y ser tan pocos sus poderes, y estar tan divididas sus opiniones, hay indicaciones de una creciente reacción contra los métodos del actual Gobierno. No hay duda que, como lo demuestran los acontecimientos de estos últimos días, ese movimiento es tímido y fácilmente sofocable; sin embargo, existe. Pero, dado el actual estado de cosas, el factor dominante que hay que combatir no es la opinión pública alemana, ni el Parlamento alemán tampoco. Es el Gobierno alemán. ¿Está de veras dispuesto? ¿Es sincero su deseo de paz? Podemos vivir seguros de que el mundo no llegará jamás a la paz mientras dicho Gobierno se conserve dentro de ese ambiente de equi-

vocos y ambigeüdades. No ha habido hasta hoy pregunta llana a la que no haya respondido con estudiadas evasivas. Cuando se le han puesto casos concretos, de importancia vital a la vez que absolutamente simples, la única respuesta obtenida es que todo constituye una sola cuestión, y que no ha de hacer declaraciones prematuras o parciales. Se nos deja en la incertidumbre de una sombría retórica, y se nos pide que depongamos las armas, sin más explicación ni garantía que la de que ofrezcamos dar ejemplo único, a un tiemp, de las tres virtudes: fe, esperanza y caridad.

*

Contestación del Presidente de los Estados Unidos de Norte-América a la Nota del Vaticano

Contestando a la comunicación que Su Santidad el Papa dirigió a las naciones beligerantes, el Presidente Wilson envió, por conducto del Secretario de Estado americano, la Nota siguiente:

«No hay alma que, librándose de la ofuscación y la insensibilidad de esta terrible guerra, deje de sentirse conmovida ante el tierno llamamiento de Su Santidad, que no reconozca la dignidad y la fuerza de los humanitarios y generosos motivos que la inspiraron, y que no desee con fervor vernos seguir el sendero que de modo tan persuasivo se nos señala. Mas sería locura seguirlo si en realidad no conduce a la meta que Su Santidad propone. Nuestra respuesta ha de basarse en hechos positivos tan sólo; no es un simple armisticio lo que se desea, sino una paz duradera y estable. Es menester que esta agonía no vuelva a repetirse, y

para lograrlo hay que pesar los hechos con mucha sobriedad y buen juicio.

Su Santidad propone en sustancia que regresemos al *statu quo ante bellum*, y que después vendrán la condonación general, el desarme, y un concierto de naciones basado en el principio de arbitraje; que mediante un concierto así, podrá establecerse la libertad de los mares; y que los derechos territoriales que Francia e Italia defienden, los intrincados problemas de los Estados balcánicos y la restitución de Polonia, se aplacen para ser discutidos a la luz de los acuerdos más conciliatorios que una paz semejante pudiera hacer posibles, respetando con la consideración debida las aspiraciones de los pueblos tanto cuanto sus destinos políticos y afinidades.

Está de manifiesto que ninguna de las partes de este programa puede llevarse a cabo con éxito, a menos que la restitución del *statu quo ante* depare una base firme y satisfactoria para ello. Esta guerra ha tenido por objeto salvar a los pueblos del orbe de la amenaza y del poderío real de una vasta organización militar regida por un Gobierno irresponsable, que habiendo urdido secretamente su plan de dominar al mundo, procedió a realizarlo sin detenerse a considerar las obligaciones sagradas de los tratados, ni las prácticas por largo tiempo establecidas ni los no menos anhelados principios de la acción internacional y del honor; que escogió el momento que le era más propicio para desatar la guerra; asestó el golpe de una manera atroz e inesperada, sin respetar las barreras de la ley ni las de la misericordia; sumergió todo el Continente en un mar de sangre, no sólo en la sangre de los soldados,

sino también en la de mujeres y niños inocentes y pobres indefensos; y que, frustrados sus propósitos, pero no derrotado aún, ha acabado por convertirse en enemigo común de las cuatro quintas partes del mundo. Esa potencia no es el pueblo alemán. Nada tenemos que ver con el hecho de que ese gran pueblo haya caído bajo su cetro o sometido a sus caprichos, a la dominación de su propósito; pero sí es de nuestra incumbencia procurar que la historia del resto del mundo no dependa en lo sucesivo de él.

Negociar con una potencia así, valiéndose de métodos pacíficos, según el plan propuesto por Su Santidad, implicaría, hasta donde es posible prever, el acrecentamiento de su fuerza y la reincidencia de su política; haría necesaria una combinación hostil y permanente de las naciones contra el pueblo alemán, que es su instrumento; equivaldría a abandonar la Rusia libre a la intriga, a maniobras múltiples y arteras, a una contrarrevolución irremediable, que se tratarían a que el Gobierno alemán, como el mundo sabe, recurre de continuo. ¿Puede la paz basarse en una restauración de tal potencia, o en la palabra de honor que ella empeñara en cualquier tratado?

Los estadistas responsables de todas las naciones deben haber llegado hoy a la conclusión, si no llegaron antes, de que ninguna paz puede ser estable mientras esté basada en restricción política o económica que tienda a favorecer a unas naciones y perjudicar o entorpecer el desenvolvimiento de otras; o en venganzas, mala intención o agravio premeditado alguno. El pueblo americano ha sufrido ofensas intolerables del Gobierno

Imperial alemán, pero no desea tomar represalias contra el pueblo alemán, quien también ha sufrido toda suerte de vejaciones en esta guerra que él no quiso. Cree que la paz debe basarse en los derechos de los pueblos, no en los derechos de los Gobiernos; los derechos de las naciones, grandes o pequeñas, débiles o fuertes; su igualdad de derecho a la libertad, a la integridad, como a gobernarse por sí mismas, y a participar por modo equitativo de las facilidades económicas del mundo; incluso, por supuesto, el pueblo alemán, si éste acepta el principio de igualdad en vez de aspirar a la dominación.

La prueba, por tanto, a que toda proposición de paz ha de someterse es: ¿Se halla basada en la lealtad de todos los pueblos en ella interesados, o únicamente en la palabra de un Gobierno intrigante y ambicioso, por una parte, y un grupo de pueblos libres, por la otra? Esta prueba alcanza hasta las raíces mismas de la cuestión; y es la prueba que debe ser exigida.

Los propósitos que los Estados Unidos persiguen en esta guerra son conocidos del mundo entero—de todos los pueblos a quienes les ha sido permitido conocer la verdad. No es necesario volverlos a enumerar. No buscamos ventajas materiales de ninguna especie. Creemos que los males intolerables causados en esta guerra por la desenfrenada y brutal potencia del Gobierno imperial Alemán deben ser reparados, pero no a expensas de la soberanía de ningún pueblo— más bien como reivindicación de la soberanía de los débiles, al igual que los fuertes. Todo destrozo punitivo, desmembramiento de Imperios, establecimiento de ligas económicas con miras egoístas o de exclusivismo, lo

consideramos ineficaz, y en fin de cuentas más que fútil; no pueden servir de bases para paz alguna posible, y mucho menos para una paz duradera. Esta deberá estar basada en la justicia, en la equidad y los derechos comunes de la humanidad.

No podemos confiar en la palabra de los gobernantes actuales de Alemania como garantía de algo duradero, a menos que estuviese explícitamente apoyada por la buena voluntad evidente del pueblo alemán mismo, tal y como lo hacen los demás pueblos del mundo. Sin tales garantías, los tratados de paz, los arreglos relativos al desarme de las naciones, los convenios para establecer el arbitraje en lugar de la fuerza, las concesiones territoriales, la reconstitución de pequeñas nacionalidades, si se celebraran con el Gobierno alemán, ningún hombre, ninguna nación, podría hoy confiar en ellos. Debemos esperar que los grandes pueblos de los Imperios Centrales den otras pruebas de sus propósitos. Quiera Dios que pronto sean dadas, y en forma tal que basten a restaurar la confianza de todos los pueblos en general en la lealtad de las naciones y la posibilidad de una paz sólida.»

ROBERTO LANSING

Secretario de Estado de los Estados Unidos de América

*

La cuestión de Alsacia y Lorena

Si como dice el proverbio, el infierno está empedrado con buenas intenciones, debe haber caído por allá abajo un pedrón monumental la tarde del 9 de Octubre

54

último, en que Herr von Kühlmann, Secretario de Estado del Imperio alemán, dió al traste, en su discurso pronunciado ante el Reichstag, con todas las dulces intenciones y benévolas protestas de la nota alemana al Vaticano. Ya no habrá equívocos en lo futuro acerca de la actitud del Gobierno Imperial, pues finalmente hace constar su resolución en una de las cuestiones vitales en esta guerra: la Alsacia-Lorena. Sus palabras, que han tenido la resonancia consiguiente, estas son:

«La cuestión por la cual Europa se llena más y más de ruinas, es la cuestión del porvenir de Alsacia-Lorena. La Gran Bretaña, según nuestros informes, ha declarado solemnemente a Francia, que continuará combatiendo por la conquista de Alsacia-Lorena, tanto diplomáticamente como con sus ejércitos, mientras Francia insista en su demanda de devolución de estas provincias. Esta es la situación actual, y estimo oportuno hacer una declaración absoluta y firme acerca de nuestra actitud, puesto que, por curioso que se juzgue, parece que existe un criterio erróneo entre nuestros enemigos y aun hasta en uno u otro de nuestros amigos neutrales. Sólo existe una respuesta a la pregunta siguiente: ¿Puede Alemania hacer en alguna forma concesiones respecto a Alsacia-Lorena?— La contestación es:— ¡No, nunca!».

Sesión del 12 de Octubre de la Cámara Francesa:

GEORGES LEYGUES, Presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros:

Alemania entró en la guerra con la certidumbre absoluta de la victoria, certidumbre formada de dos clases de elementos: elementos técnicos, exactos, sacados de la

55

organización de efectivos, del material, de la capacidad de transporte, del poder de los ejércitos enemigos; elementos psicológicos y políticos, erróneos, sacados de la unidad política, de la resistencia moral de la fuerza respectiva de cada Estado beligerante, cómputo del número probable de adversarios.

El resultado de los primeros elementos, que eran justos, ha sido contrariado por el resultado de los segundos, que eran falsos. La consecuencia de este error inicial ha venido a ser una guerra muy prolongada, en vez de una guerra corta como estaba previsto.

Alemania entró en la guerra con la concepción territorial de la victoria y con su teoría de los compromisos, que han dado vida a la doctrina militar del ataque intempestivo. Creyendo que, de dos beligerantes, el primero que franquease las fronteras del otro, que se adentrase más en su territorio y ocupara el mayor espacio, ese sería el que triunfara. Mediante la violación del derecho y el ataque desenfrenado, Alemania realizó la primera parte de su programa, y lo muestra su mapa de guerra.

Pero, y éste es el hecho dominante de la guerra, gracias a la resistencia de Francia, los aliados han triunfado sobre el *tiempo*, factor imprevisto que determina la victoria. Con la conquista del tiempo, Francia se ha proporcionado a sí misma la posibilidad de llenar los vacíos de su organización militar, de reparar las consecuencias de su buena fe y de sus ilusiones; ella ha dado a sus aliados el plazo indispensable para proceder sin trabas a su movilización, para hacer surgir del suelo a sus ejércitos, para abastecerse de todo el material que exige la guerra moderna.

Con la conquista del tiempo, Francia aseguró al mundo el intervalo necesario para llegar a formarse conciencia del sentido profundo, de la trascendencia política y social de la guerra; ha dado a los neutrales tiempo de reflexionar y de tomar partido.

Para salir victoriosos, los alemanes necesitaban haber vencido a Francia y a Rusia en seis meses, haber hecho una campaña aplastante. Para salvar al mundo, para vencer, los aliados estaban obligados a hacer una guerra prolongada, de manera que atenuase las ventajas que daba a Alemania su larga premeditación y equilibrase poco a poco los factores técnicos de la victoria.

La conquista del tiempo aparecerá como la conquista más importante de esta guerra. Nuestros enemigos—hablo de los dirigentes y de los jefes—han comprendido todas las consecuencias que esto tiene.

La opinión de Alemania sobre la guerra ha pasado por tres fases. Hasta la batalla del Marne, Alemania tuvo por segura la paz por la victoria militar; después del Iser, creyó posible la paz por la victoria de las armas. Después de Verdun, ha renunciado a la esperanza de la paz impuesta por la victoria militar.

El Marne, batalla formidable, la más grande maniobra militar de la Historia, por la clarividencia y la amplitud de plan con que fué dirigida, detuvo la marcha sobre París, frustró el esfuerzo del invasor.

La batalla del Iser, batalla de titanes, cuya grandeza se hará más patente al escribir la Historia, detuvo «la marcha hacia el mar,» segunda maniobra de que el Estado-Mayor alemán esperaba un resultado decisivo.

La batalla de Verdun, inmensa operación de ruptura de nuestro frente oriental, para volver a abrir las rutas

de invasión de 1814, ha visto palidecer el prestigio militar de Alemania.

En los campos de Verdun dos pueblos, Francia y Alemania, se han encontrado, y tras un duelo de cinco meses que el mundo entero ha seguido con vivo interés, Alemania ha sido derrotada.

El 12 de Julio, la última ola alemana vino a morir en los fosos de Souville.

En Agosto, fué tomado Fleury; el 24 de Octubre, Douaumont; el 3 y 5 de Noviembre, Vaux y Danloup.

La línea alemana estaba rota; la retirada, que no hará sino acentuarse, y que acabará por hacer que el Kronprinz vuelva a las trincheras de donde partió, ha comenzado.

Desde esos momentos, Alemania busca otro medio que no sean las armas, para abatirnos, y lanza su Nota del 12 de Diciembre. Abre un nuevo capítulo en la historia de la guerra, el capítulo de las maniobras diplomáticas.

Como primera maniobra, lanza la palabra de paz; quiere desviar a la *Entente* por la senda de las negociaciones, y se jacta de dividirla; intenta crear «una presión atmosférica para la paz.» Fracasa.

Segunda maniobra. Explota «la buena fe y las ilusiones generosas del socialismo internacional.» Segundo fracaso.

Tercera maniobra. Viendo que el socialismo no da resultado, toca su turno al catolicismo. Despacha a Erzberg en misión; «al poco tiempo, el Vaticano publica su manifiesto.»

Por el carácter universal en que su autor la ha inspirado, esta Nota aparece como una suerte de manifes-

tación ecuménica, como un sondeo lanzado a lo más profundo del alma internacional; pero esa Nota muestra que la Santa Sede no ha profundizado la importancia capital de los problemas que la guerra plantea para los pueblos, ya que no habiendo podido decir cómo podían resolverse esos problemas, no ha podido indicar el modo de poner fin a la guerra.

Nosotros rendimos tributo a la elevación, a la nobleza de los sentimientos... (*interrupciones*); rindo homenaje, digo, a la elevación de los sentimientos a que ha obedecido la Santa Sede... pero no es posible negar el partido que nuestros enemigos esperaban sacar de la intervención del Soberano Pontífice. Basta leer la prensa austro-alemana para darse cuenta de ello.

Esa intervención era considerada en Berlín y en Viena como un concurso precioso. En ella hallaban un poderoso apoyo para la actitud de los imperios centrales. El *Vorwärts* lo ha dicho en términos propios; la *Gaceta de Francfort* ha expresado la misma opinión.

La Santa Sede no habría experimentado sorpresa alguna por la acogida deferente pero reservada que la *Entente* ha dado a su Nota, si hubiera observado que en ese documento de tan alta importancia moral había omitido tratar de las reparaciones fundamentales por lo que toca a la violación del derecho de ciertas nacionalidades, las reparaciones y el castigo por los crímenes atroces cometidos contra habitantes indefensos; si hubiese observado, asimismo, que había pasado en silencio un punto capital: los orígenes de la guerra y las responsabilidades que ellos engendran.

Ha contestado la Nota de Su Santidad, el Presidente Wilson; con voz clara, que sale del seno de la demo-

cracia y produce un estremecimiento de esperanza y gratitud a las democracias, que saben que en lo sucesivo, con el concurso de los Estados Unidos, las potencias que profesan la opresión por la Fuerza serán derrotadas por las potencias partidarias de la liberación por el Derecho.

Tarea necesarísima, porque el militarismo prusiano, hoy convertido en el imperialismo alemán, es una amenaza permanente para Europa y para el mundo entero. Ese militarismo, «anacronismo moral, político y jurídico, que considera que el mundo debe ser tributario económicamente del Estado cuyo ejército logre asegurar la hegemonía política; ese sistema dinástico que ha falseado la política internacional,» ese militarismo debe ser destruído.

Destruído por las armas: para romper la hegemonía que él ha fundado, y enseñar a todos los pueblos y a Alemania sobre todo, «que la guerra no es una industria que deja siempre ganancias, y que, aun regida por Prusia, redundan en desastres; que lo ganado en 1814, en 1866 y en 1870, se perderá por la insensatez de 1914.»

Destruído por la federación de los Estados de la *Entente*: para oponer el mundo moderno al despertar del militarismo, si volviese.

Destruído por el Derecho: para definir y aplicar un nuevo Derecho internacional en lugar del Derecho feudal pruso-alemán.

Además, Alemania se da cuenta de que la hora de la victoria ha pasado para ella, y que la hora de la derrota se aproxima. Presa del vértigo que la invade, multiplica las tentativas descabelladas; trata de disgregar

a los aliados. A Inglaterra le promete la liberación de Bélgica, si se le deja Alsacia-Lorena; a nosotros, la Alsacia-Lorena, si abandonamos a Bélgica y las colonias; a Rusia le dice que nosotros estamos dispuestos a aceptar la paz conforme a la proposición alemana.

En lo de Alsacia-Lorena, Francia no puede transigir. La restitución de nuestros territorios «irredentos» se impone: para volver a tomar posesión de sus bienes y restablecer, en vez de una frontera artificial, una frontera nacional; para reparar el derecho violado; para acabar de una vez con la carga de una paz armada, que impone la amenaza permanente de Alemania: ¡en quince días en los muros de París! Francia mutilada, desaparecida, representaría para Alemania una Europa más pequeña, menos fuerte. Desde hace siglos, Francia viene sintiendo en Occidente el peso de la autocracia germana; le es preciso una vigilancia constante sobre el Rhin, no sólo para guardarse ella, sino para salvaguardia del mundo entero. Al mundo, al lado de ella, toca hacer desaparecer esa amenaza sombría.

He ahí por qué, en esta última fase de la guerra, la acción diplomática debe apoyar a la acción militar.

MI conclusión será breve: en las guerras largas, la acción política iguala a la acción militar, y son los Gobiernos, no menos que los ejércitos, quienes conducen a los pueblos a la derrota o a la victoria.

A. RIBOT:

...Alemania se figura y espera que los aliados no van a dar oídos a este llamamiento de Francia, que no llegará a penetrar en los espíritus la idea de que la voluntad de Francia es ver de que se le restituyan



sus provincias, que son su bien, parte de su cuerpo mismo.

Pero aun así, la astucia del enemigo es torpe. Escuchad, si no, la voz de nuestros aliados:

Mr. Balfour habló primero; dijo que no habrá paz posible sin la restitución de Alsacia-Lorena. Mr. Asquit lo había dicho, y ayer volvió a repetirlo. Y Mr. Lloyd George, maestro en las cosas del alma, ayer, en pocas palabras, tomando lo más vivo del lenguaje de Alemania, le ha dado la respuesta que convenía.

¡E Italia, señores! El rey de Italia hizo no hace muchos días una visita al territorio reconquistado en Alsacia-Lorena; ha visto esa conmovedora manifestación de sentimiento que viene sin ser provocado, esa alegría frente a nuestros soldados, esa voluntad que se revela en todos los impulsos del corazón, que no ha menester de plebiscitos ni de formalidades administrativas. Ha visto todo eso, y escrito luego un bellissimo mensaje para el Presidente de la República, en el cual dice que el alma de Italia se halla acorde con el alma francesa.

*

La declaración del Gobierno francés

El 20 del pasado Noviembre, hizo ante las Cámaras francesas el nuevo Gabinete presidido por M. George Clémenceau, la manifestación de su programa de gobierno. La opinión pública, que en todos los órdenes sociales se ha manifestado ya llena de simpatías y de esperanzas hacia el político luchador y vigoroso patriota, ha sido corroborada por el sufragio de los legisla-

dores. El voto del Senado en favor del Gobierno ha sido casi unánime, y en la Cámara de Diputados, en un conjunto de 483 votantes, ha obtenido 418 votos.

Los términos de la declaración gubernamental son los siguientes:

«SEÑORES:

Hemos aceptado formar un nuevo Gobierno para conducir la guerra con mayor esfuerzo y para tratar de obtener mayor resultado en el empleo de todas las energías.

Nos presentamos ante vosotros con la única idea de llevar a cabo una guerra enérgica. Quisiéramos que la confianza de la cual os pedimos un testimonio fuera un acto de confianza en vosotros mismos, una llamada a las virtudes históricas que nos han hecho franceses. Nunca Francia ha sentido de una manera más evidente la necesidad de vivir y de crecer en el ideal de una fuerza puesta al servicio de la conciencia humana y en la resolución de que haya siempre un derecho más grande entre los ciudadanos, como entre los pueblos capaces de ser libres. Vencer para ser justos, he aquí la consigna de todos nuestros Gobiernos desde el principio de la guerra. Este es el programa que a todo trance mantendremos.

Tenemos grandes soldados de una gran historia, mandados por jefes que han pasado por duras pruebas, animados de suprema abnegación, que continúan la gloriosa fama de sus antepasados. Por ellos y por nosotros la patria inmortal, poseedora del orgullo de las victorias, proseguirá en las más nobles ambiciones de paz el curso de sus destinos.

Estos franceses obligados a lanzarse a los campos de

batalla, tienen derechos adquiridos sobre nosotros. Deben que todos nuestros pensamientos sean para ellos, que ninguno de nuestros actos les sea extraño. Les debemos todo sin restricción. Todo por la Francia bañada en sangre y gloria, todo por la apoteosis del derecho triunfante. Existe un deber sencillo: permanecer al lado del soldado; vivir, sufrir y combatir con él. Abdicar de todo lo que no es la patria. Ha llegado la hora de ser solamente franceses, orgullo que nos basta.

Deberes del frente y deberes del resto de la nación, que todos se fusionen; que todas las zonas sean del ejército. Si acaso hay hombres que descubran en su alma fermentos de viejos odios, hagámoslos a un lado.

Todas las naciones civilizadas están empeñadas en la misma batalla contra las falanges modernas de las viejas barbaries. Con todos nuestros buenos aliados somos la roca inquebrantable, una barrera que jamás será franqueada. Al frente de la alianza, a todas horas y en todas partes, no existe sino la solidaridad fraternal, la fundación más sólida del mundo futuro.

Campo de combate de los ideales, nuestra Francia ha sufrido por toda la humanidad. Firme en las esperanzas tomadas en las fuentes del más puro humanitarismo, acepta sufrir todavía por defender el suelo de nuestros grandes antepasados, con la esperanza de abrir, a los hombres como a los pueblos, todas las puertas de la vida. Allí está la fuerza del alma francesa. Es la que mueve nuestro pueblo al trabajo como a la guerra. Estos silenciosos trabajadores de las fábricas, sordos a los malos consejos; estos viejos campesinos inclinados hacia la tierra; estas robustas mujeres

trabajadoras; estos niños que las ayudan con una gravedad triste, son también soldados, soldados que más tarde, cuando recuerden la gran epopeya, podrán decir como los de las trincheras: «También yo estuve.» Con ellos asimismo debemos permanecer unidos y hacer que por la patria, despojándonos de nuestras miserias, seamos amados.

Amarse; es necesario, no solamente decirlo, sino probarlo. Esta prueba debemos procurar realizarla. Para esta prueba venimos a pedirnos nos ayudéis. ¿Puede haber un programa de gobierno más hermoso?

Ha habido faltas. No pensemos sino en repararlas. También se han cometido crímenes, crímenes contra Francia, que exigen un pronto castigo. Nos comprometemos ante vosotros, ante el país que pide justicia, a hacerla con todo el rigor de la ley. Ni consideraciones de personalidades, ni impulsos de pasiones políticas, nos harán desviarnos del deber, ni nos harán que vayamos más allá de él. Muchos atentados han sido ya causando en nuestro frente de batalla de un inútil derramamiento de sangre francesa. Debilidad implicaría complicidad. Mostrémonos fuertes, pero sin violencia. Todos los culpables irán a consejo de guerra. El soldado en el pretorio, solidario del soldado en el combate. No más campañas pacifistas, no más ardidés alemanes. Ni traición completa, ni traición a medias: la guerra. Nada más que la guerra. Nuestros ejércitos no estarán entre dos fuegos. La justicia avanza. El país comprenderá que está defendido.

Y todo esto en una Francia siempre libre. Hemos pagado nuestras libertades a un precio bastante elevado, para ceder ante divulgaciones o excitaciones que

podrían aprovechar al enemigo. Una censura será establecida para las informaciones diplomáticas y militares, lo mismo que para aquellas susceptibles de perturbar la paz civil; esto dentro de los límites del respeto a las opiniones. Una oficina de la prensa proporcionará estas opiniones, nada más que opiniones, a quien las solicite. En tiempos de guerra, como en tiempos de paz, la libertad se ejerce bajo la responsabilidad personal del escritor. Fuera de esta regla, no existe sino arbitrariedad y anarquía.

Señores, para marcar el carácter de este Gobierno en las circunstancias actuales, no creemos necesario decir más. Los días se suceden unos a otros. Tras de unos problemas vendrán otros. Marcharemos con paso firme con vosotros hacia la realidad cuya necesidad se impone. Estamos bajo vuestra égida. La confianza será siempre firme en nosotros.

Vamos a entrar en la era de las restricciones alimenticias, a ejemplo de Inglaterra, de Italia, de América misma, admirable por su entusiasmo. Pedimos a cada ciudadano que tome su parte en la defensa común, que dé lo más que pueda y reciba lo menos. La abnegación está en el ejército. Que la abnegación reine también en todo el país. No podremos formar una Francia más grande si no ofrecemos nuestras vidas.

He aquí que a la misma hora se nos pide algo de nuestras economías. Si el voto que terminará esta sesión nos es favorable, esperamos la consagración para el éxito completo de nuestro empréstito, suprema

 Solicítese EOS y RENOVACIÓN donde nuestro agente Alfredo Moya, Puntarenas.

demostración de la confianza que Francia se debe a sí misma cuando se le pide para la victoria. Después de la ayuda de la sangre, la pecuniaria para alcanzar la victoria.

Señores, que nos sea permitido vivir anticipadamente esta hora de victoria en la comunión de nuestros corazones, a medida que nos fortalecemos más y más en el desinterés inagotable que debe concluir en la sublime elevación del alma francesa a la más alta de sus más sublimes esperanzas.

Un día, desde París hasta el más humilde villorrio, las tempestades de aclamaciones acogerán nuestros estandartes vencedores, empapados en sangre y en lágrimas, desgarrados por los obuses, evocación magnífica de nuestros grandes muertos. Ese día, el más hermoso de nuestra historia después de tantos otros, está en nuestro poder alcanzarlo. Para las resoluciones supremas os pedimos, Señores, el apoyo de vuestra voluntad.»

*

El Cardenal Mercier

(FRAGMENTO)

El 20 de Agosto de 1914, la muerte de Pío X le llevó a Roma con motivo de la elección del nuevo Papa. Se hallaba en el Cónclave en los momentos en que ardía Lovaina y cuando los Cardenales alemanes organizaban en torno suyo una campaña de calumnias contra el Rey Alberto y su pueblo, a quienes reprochaban no haber cedido a las instancias del Emperador Guillermo. En su alma, llena de amargura, creció

desde entonces el deseo y se afirmó la voluntad de resistir a las violaciones del Derecho de que ya en aquellos momentos se hacía Alemania evidentemente culpable, y se apresuró a regresar a su patria para proteger a sus compatriotas y sostenerlos en sus penas.

Regresó. En su camino halló el espectáculo desolador de las ruinas acumuladas por el invasor; de todas partes llegaban hasta él los lamentos de las viudas, de los huérfanos, que le indicaban las tumbas de las víctimas inocentes. Vió Lovaina—la ciudad amada de su corazón—en cenizas. Vió la Universidad destruída y la Biblioteca reducida a escombros.

Entonces, con la pura y tranquila serenidad del apóstol, echa en cara al invasor la serie de sus crímenes, al invasor que, «confiado en la fuerza y olvidando la fe de los tratados, osó amenazar nuestra independencia.» En su pastoral de Navidad tuvo el valor de decir de qué lado se encontraba el Derecho, y condenó en una fórmula los acontecimientos. «Bélgica había hecho la promesa de honor de defender su independencia. Cumplió su palabra. Las otras potencias se habían comprometido a respetar y a proteger la neutralidad belga. Alemania violó su juramento; Inglaterra permaneció fiel.» Considerando como una obligación de su cargo pastoral definir el deber de la conciencia del pueblo belga frente a la potencia que había invadido su país y que momentáneamente ocupaba la mayor parte de él, declaró: «Este poder no es una autoridad legítima, y en consecuencia, en lo íntimo de vuestra alma no le debéis ni estimación; ni apego, ni obediencia. El único poder legítimo en Bélgica es el que pertenece a nuestro Rey, a su Gobierno y a los repre-

sentantes de la nación. Sólo él representa para nosotros la autoridad. Sólo él tiene derecho al afecto de nuestros corazones y a nuestra sumisión.»

Valerosas y nobles palabras, tanto más valerosas cuanto que fueron pronunciadas frente al enemigo. Provocaron, naturalmente, una violenta irritación en los alemanes, que se tradujo en medidas vejatorias y casi en el aprisionamiento del Cardenal. Pero Alemania se vió obligada a abandonar esta táctica de brutalidad a causa de su carácter impolítico, frente a la autoridad de la Iglesia, a la que tenía que respetar.

El Cardenal Mercier continuó serenamente en la ardua tarea que se había impuesto. Su voz apostólica aconsejó la oración como consuelo a los fieles heridos en sus más íntimos afectos, al mismo tiempo que su voz de patriota les predicaba la paciencia. Dirigió un llamamiento a los Obispos de Alemania—que naturalmente no fué escuchado—para establecer un tribunal colectivo encargado de examinar por medio de una seria y leal investigación la inconsistencia de las acusaciones imputadas a los belgas. Ningún atentado del invasor ocurrió sin que el Cardenal se esforzara en protestar, señalándolo a la conciencia universal.

Recordemos, entre otras, sus protestas contra las deportaciones de los civiles belgas a las fábricas alemanas. Los hechos son conocidos: muchos centenares de miles de nuestros compatriotas han sido, contra todas las prescripciones del Derecho de Gentes, reducidos a la esclavitud del otro lado del Rhin. El mundo ente-

Solicítese EOS y RENOVACIÓN donde nuestro agente Nautilio Acosta, San Ramón.

ro, todas las autoridades civiles y morales, han elevado la voz contra estas inicuas medidas. Una serie de cartas admirables del Cardenal Mercier al Gobernador General von Bissing, atestiguan esta iniquidad.

Ultimamente, la administración civil alemana, queriendo aprovecharse de la dualidad de las razas de que Bélgica está constituida, organizó la separación administrativa. Esta medida de división provocó la protesta de la mayor parte de los magistrados y funcionarios belgas, quienes en casi su totalidad, se rehusaron a aplicarla. Muchos de entre ellos han pagado con su libertad esta fidelidad a las instituciones de su país, que el invasor, según las convenciones internacionales, debía respetar. El Cardenal Mercier, una vez más, se hizo el intérprete de la conciencia nacional en una solemne protesta.

Esta resistencia tenaz que el Prelado opone a los excesos de Alemania, caracteriza bien, en efecto, el estado de ánimo de toda la población belga. En ninguna parte se ha visto un caso de abatimiento o de sumisión. Los belgas han tenido que ceder ante la fuerza, es verdad, pero no han capitulado jamás moralmente. Han conservado intactas, como una fortaleza inexpugnable, su fe y su esperanza. El Cardenal Mercier los ha sostenido y ayudado tan noblemente que representa una idea latente en cada uno de ellos. Si más allá del sentimiento nacional, ha sabido formular las más altas ideas y elevarse a las más nobles cimas de la moralidad, es porque la causa belga sale en realidad del cuadro estrecho de una desgracia que aflige a un solo pueblo y es un verdadero caso de conciencia universal.

Elevándose por encima del horizonte estrictamente nacional y recordando que la voz del pastor que se dirige a su rebaño debe ser escuchada más allá de las fronteras e interpretar las ideas universales y evangélicas, ha sabido, como dice Monseñor Baudrillart, rector del Instituto Católico de París, «recordar a los hombres que por encima de la fuerza está el derecho, sobre la felonía está la justicia, sobre la mentira la verdad, y que la fuerza triunfante no engendra ni lo justo ni lo verdadero.» Lo ha dicho en todas partes en donde ha podido ser escuchado. Es la voz de la conciencia universal.

JULES DESTRÉE

Uno de los jefes del socialismo belga

*

La segunda semana de la América Latina

El Jueves 22 de Noviembre se iniciaron en París los trabajos de la *Segunda Semana de la América Latina*, consagrada al estudio de las cuestiones que pueden significar en lo futuro mayor afecto e inteligencia entre Francia y todos los países latinos del Continente americano. La *Primera Semana* celebróse el año 1916 en Lyon. Se trata de una idea bien concebida y que se va poniendo en planta con gran sinceridad, labor inteligente y afectuoso deseo de aproximación intelectual y comercial.

*

En el gran Anfiteatro de la Sorbona.—Primera sesión solemne de la segunda semana de la América Latina. Alocución de M. STEPHEN PICHON, Ministro de Relaciones Extranjeras:

Traigo a las Repúblicas de la América latina la expresión de la solidaridad fraternal de la República Francesa. Mirarán en esta ceremonia que presido, y a la cual ha querido asociarse personalmente el señor Presidente de la República, honrándola con su presencia, un nuevo testimonio de los sentimientos que nos unen a ellas en la crisis mundial en la cual sus intereses y sus derechos se hallan tan comprometidos como los nuestros. Tradiciones, educación, comunidad de historia y de origen, iguales aspiraciones de alcanzar los plenos goces de independencia y libertad; todo las une a nosotros en la batalla en que la humanidad misma se halla amenazada en lo que hay de más noble y de más sagrado. Por ello sus estandartes vienen unos después de los otros a unirse a las banderas que Francia y las potencias sus aliadas conducen a la victoria a través de las pruebas más crueles y de los sacrificios más terribles. Después del Brasil y de Cuba, que resueltamente han declarado la guerra a los enemigos de la civilización, Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Perú, Uruguay, han dado un paso decisivo hacia la alianza con los pueblos libres, rompiendo sus relaciones diplomáticas con Alemania.

La República de Haití, de origen diferente, pero ligada a nosotros por los recuerdos, ha marcado asimismo su intención de seguir el ejemplo de su gran hermana la República del Brasil. Los demás Estados del Nuevo Mundo han manifestado igualmente, con actos, su voluntad de no permanecer fuera del conflicto, al cual los llaman la voz de su conciencia y el cuidado de su preservación. Honor a todas estas naciones con las cuales nos ligan en tiempo de paz simpatías que

fortifica cada día más el culto de la amistad, y las cuales son invenciblemente atraídas hacia nosotros en tiempo de guerra por la imperiosa aspiración de no caer bajo el yugo de las oligarquías feudales, y por la necesidad de obedecer a las fuerzas morales eternas. Honor al *Comité Parlamentario de Acción en el extranjero*, así como al *Comité El Esfuerzo de Francia y sus Aliados*, en nombre del cual he venido con frecuencia a este recinto a ocupar un puesto al lado de los hombres más eminentes de nuestro país, por haber comprendido que debemos al mundo latino de América, a nuestras amigas tradicionales las Repúblicas australes, algo más que decirles otra vez la conformidad de nuestras miras y de nuestras esperanzas en la formidable tempestad que devasta al mundo.

Para amarse no basta tan sólo decirlo; precisa probarlo, según la fórmula que empleaba el señor Presidente del Consejo en la declaración que hizo a las Cámaras. Los iniciadores del Congreso, cuyos trabajos comienzan, más bien, cuyos trabajos prosiguen, puesto que los de hoy no son sino el desarrollo de los del año último, han puesto en práctica el pensamiento tan vigorosamente expresado por M. Clémenceau. Han querido crear en el orden económico, social y político un régimen de inteligencia y de concordia entre el Nuevo Mundo y nosotros. Ojalá estos esfuerzos logren que nuestros enemigos sean en lo futuro impotentes para destruirlo y les impidan introducirse en nuestras filas para aniquilarlo. El Gobierno de la República debe prestar todo su concurso a los trabajos de los organizadores de la Semana Latina. De su apoyo

pueden estar seguros, mi amigo M. Guernier y los colaboradores que ha asociado a su obra; apoyo que será constante, puesto que el cumplimiento de su programa es parte de la realización del nuestro.

Discurso de M. EMILE BOUTROUX, de la Academia Francesa, Delegado del Comité France-Amérique:

Un magnífico poeta de Grecia, de esa Grecia cuyo legado de libertad y humanitarismo debe ser una vez más arrancado a la barbarie invasora, Teócrito, ha dicho en uno de sus idilios: «Pequeño o grande, todo honra a aquel a quien está destinado, cuando es la amistad la que lo dicta». Grandes y ampliamente eficaces son los beneficios de que las veinte naciones de América latina han colmado a los aliados, y en particular a Francia; pero estas naciones nos permitirán que proclamemos: que lo que a nuestros ojos da a esos beneficios un valor incomparable, lo que nos enorgullece al recibirlos e imprime a nuestra gratitud un sentimiento invencible de confianza en el porvenir, es el móvil al cual habéis obedecido esparciendo vuestras larguezas sobre nosotros, ¡oh nuestros queridos hermanos latinos de América! Sin duda, hombres, no consideraréis como extraño a vosotros nada de lo que es humano. El monstruoso ideal de dureza, de violencia y de opresión que predicán los pseudo apóstoles del progreso científico y objetivo, no ha borrado de vuestros corazones las enseñanzas de Homero y de Terencio. Pero no es tan sólo porque habéis visto en nosotros a hombres semejantes a los otros por lo que os habéis dolido de nuestros sufrimientos y nos habéis ayudado a curar

nuestras heridas. Todo nos lo declara. Es a los franceses porque son franceses a los que habéis querido socorrer; y si os inclináis así hacia nosotros, no es por efecto de una trivial sensiblería, no es tampoco por interés, por cálculo o por evitaros, lo cual sería bien legítimo por otra parte, los peligros que os amenazan a vosotros mismos. Es que vuestro pensamiento supremo se condensa en una sola palabra, es porque sois nuestros amigos. ¿Qué quiere decir este vocablo? Uno de nuestros antepasados comunes, Cicerón, definía así la amistad: *Eadem velle, eadem nolle, ea amicitia* (querer las mismas cosas, apartarse de las mismas cosas, en esto consiste la amistad). Vosotros y nosotros nos queremos en el mismo sentido, con la misma convicción de sufrir antes mil muertes que renunciar a defender la libertad en la dignidad y en el respeto al Derecho; el desarrollo de la Justicia y de la benevolencia, no solamente en las relaciones individuales, sino en las relaciones entre pueblos; la armonía de la humanidad entera a través del libre desarrollo de esas formas diversas del genio humano que se llaman las nacionalidades. Vosotros y nosotros nos sentimos horrorizados por esa pretendida cultura que, destruyendo en el hombre el sentimiento, el escrúpulo, el honor, la bondad, la justicia, todo lo que es humano, se dedica, en aprendizaje especial y apropiado, a convertir a cada individuo en una fracción de hombre, *in Teilmensch*, como ellos dicen, a fin de construir el engranaje pasivo de una máquina enorme destinada a reducir la naturaleza toda a dos categorías de fuerzas: las que explotan y las que son explotadas. Como nosotros, y de la propia manera, con amor, con entusiasmo, con

fe, con reflexión también, creyendo firmemente en el valor, en la pujanza, en la eficacia de las ideas y del verbo en que ellas encarnan, vosotros rechazáis ésto y amáis aquéllo. Este es el porqué de que vosotros y nosotros no somos unos asociados de ocasión, extraños o aun enemigos, que aproxima mentirosamente el cebo de una presa común. Nosotros somos verdaderamente y por siempre *amigos*. No hay, pues, en nosotros, en nuestro espíritu de franceses, lugar para el sentimiento que señalaba Séneca en su tratado *De los beneficios*: la mortificación que siente el obligado cuando se pregunta el móvil a qué en realidad ha obedecido el que se presenta como su benefactor. No es ciertamente en nuestras lenguas latinas en las que ha sido forjada la fea palabra *Kokettieren* para designar los homenajes simulados que el bellaco prodiga a quien se propone despojar. Los homenajes magníficos que habéis hecho a Francia han sido en realidad ofrecidos a nuestro ideal común. Nosotros los aceptamos como testimonio de ese parentesco de raza y de espíritu que invenciblemente nos une a vosotros en el presente y en el porvenir.

No puedo menos que señalar aquí algunos ejemplos de la generosidad Sud-americana y de lo que significa. Conviene formarse una idea justa del valor de esos ejemplos, generalizarlos y multiplicarlos.

La República Argentina, entre otros testimonios de su afinidad con el pensamiento francés, ha dado en otras épocas un ejemplo que permitiréis a un filósofo como yo recordar y exaltar. Cuando en 1851 el filósofo francés Amedée Jacques fué condenado al destierro, se fué al Uruguay, en donde fundó la Universidad

de Montevideo. Después enseñó largo tiempo en Buenos Aires, en donde sus doctrinas y su talento esencialmente franceses dejaron, al par que en el Uruguay, un profundo recuerdo. Ciertamente que fué de todo corazón como los argentinos fundaron desde 1915 su ambulancia en el frente. Sostienen cuatro hospitales, entre los cuales señalaré el hospital de la señora Gutiérrez Estrada, establecido en Brunoy. La señora Gutiérrez Estrada, nieta del General San Martín, libertador de la Argentina, tiene por su sangre y por su educación el sentimiento de lo que es y de lo que vale la libertad. El mismo espíritu se encuentra en el Hospital Argentino, en el hospital Anchorena en Deauville, en el hospital de la señora Dose de Larivié en París, en la calle de las Belles Feuilles. En numerosas e imponentes manifestaciones en favor de Francia, han sido reunidas las sumas consagradas a estas bellas obras. En 1915 se celebró el «Día de la Marne», primera conmemoración en el mundo de esta batalla que quedará como uno de los encuentros grandiosos y decisivos, en que la civilización y la humanidad contuvieron la ola ascendente de barbarie y brutalidad, en el momento mismo en que parecía envolver todo. ¡Honor a la nación que desde la primera hora pronunció el juicio de la historia sobre la batalla de Octubre de 1914! *Días, semanas de Francia*, han sido frecuentemente organizados en la Argentina. El 22 de Abril y el 14 de Julio de 1917, 200,000 personas vibraron al unísono de los franceses y de sus aliados. Las últimas palabras del orador, el 14 de Julio, fueron las siguientes: «Francia, Inglaterra, Italia, mirad esta multitud entusiasta. ¡Es el pueblo argentino que de pie os aclama

ma!» Ahora bien, señores, en esta hora, en este momento, ¿no os parece que tan noble pueblo escucha, todo corazón, el eco que a través del océano suscitan en este recinto sus exclamaciones fraternales?

Brasil ha inscrito en su bandera, como lo sabéis, la divisa del filósofo francés Augusto Comte: *Ordem e Progresso*, y su adhesión a la concepción francesa de progreso y orden, es precisa y profunda, puesto que lo ha lanzado, lleno de ardor patriótico y generoso, hacia los beligerantes, al lado de los aliados. Desde el 6 de Agosto de 1914, la Cámara brasileña protestó contra la violación de la neutralidad belga. Fué en esa época el único pueblo que protestó. «Un solo testigo», dice un célebre verso griego, «vale para mí por diez mil testigos, si por su calidad es de los mejores». En este caso, la voz única del Brasil es desde ahora la voz de la humanidad eterna. La sencilla y poderosa palabra del gran ciudadano brasileño Ruy Barbosa, en su discurso del 10 de Julio de 1916, en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, resuena aún en los oídos del mundo. «Frente a aquellos que destruyen la ley», dijo, «y de aquellos que la observan, no hay neutralidad posible. Neutralidad quiere decir imparcialidad. Ahora bien, no hay imparcialidad posible ante el Derecho y la Justicia violados por el crimen. Reclamar la observancia de los preceptos sobre los cuales se apoya la conciencia de las naciones, exigir el respeto de los compromisos, no es romper la neutralidad; es practicarla». Opinión singularmente profunda, porque uno de los caracteres esenciales y más espantosos de esta guerra que se nos hace, es que ha sido precisamente declarada contra la buena fe, la

sinceridad, la probidad, contra todo derecho, toda ley moral, todo ideal que no sea un simple y visible disfraz de la fuerza y de la dominación.

El idealismo en el Brasil corre parejas con el espíritu práctico. El notable escritor Verissimo, muerto en 1915, fundó la «Liga de los Aliados», que ha prosperado. El Brasil nos ha enviado diez millones de francos.

El Uruguay ha decretado que el día 14 de Julio sea de fiesta nacional. Desde entonces esta fecha ha sido adoptada por el conjunto de los Estados de la América latina, como la fiesta común de la libertad. ¿Qué lazo más directo que éste podríamos desear que existiese entre aquel Continente y Francia? Entre los siete Comités que ha creado el Uruguay en favor de los aliados, hay uno que comprende especialmente a las damas. Se denomina «Comité Juana de Arco». El Uruguay nos ha enviado cinco millones.

Chile asimismo tiene un Comité aliado de señoras en Valparaíso y en Santiago. Envía donativos en especie a los soldados que están en las trincheras. Sostiene aquí en París, en el Boulevard Haussmann, un hospital franco-chileno.

El Paraguay tiene comités de ayuda a los soldados heridos. No obstante sus contratiempos y pérdidas considerables, nos ha enviado dos millones. Cada uno de ellos por el esfuerzo que representa, vale mil millones.

Bolivia ha dado un brillo particular a una manifestación que ha repercutido en toda la América del Sur, respondiendo a una iniciativa francesa. El 12 de Mayo de 1917 fué celebrada en este mismo recinto

una fiesta en honor de la Juventud de la América latina, y en ella se pidió que la Historia del Nuevo Mundo formase parte del programa público de enseñanza. Al día siguiente, 13 de Mayo, nuestros hermanos de la América del Sur respondieron con una decisión análoga respecto a la Historia de Francia. Ciertamente que conocer un pueblo y amarlo son dos cosas y no una tan sólo. De ello tenemos hace tres años una bien triste experiencia. Sin embargo, cuando se trata de nuestros hermanos de la América del Sur, la duda no es posible. Conocernos mejor, es amarnos mejor. Así lo han declarado de común acuerdo y con todo entusiasmo, el 13 de Mayo de 1917, los estudiantes y los poderes públicos de Bolivia.

El Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador, la América Central, en numerosas ocasiones, y muy especialmente el 14 de Julio último, han festejado espléndidamente a Francia. Asimismo le han prestado ayuda constante. Venezuela nos ha enviado fondos. Colombia, por medio de sus comités, especialmente su «Comité de Señoras», cuya acción es tanto del orden moral cuanto del material, nos ha hecho ofrendas que llegan a dos millones, y constantemente llega hasta nosotros el calor de su simpatía.

Como se ve, todos estos hechos son símbolos. Francia es para nuestros hermanos de la América del Sur la sacerdotisa de ese fuego sagrado que han mantenido en la antigüedad los griegos y los romanos. Para desarrollarse según su genio, para hacerse más capaces de realizar el ideal que adoran, los americanos se vuelven hacia Francia. En otra época, Sócrates decía a sus discípulos: «*Es imposible aprender las*

enseñanzas de un hombre a quien no se ama». Y bien, los latino-americanos nos dicen: «Os amamos, venid a nosotros, os escucharemos y aprenderemos. Dad a nuestros hijos maestros franceses, dad a nuestros ejércitos instructores franceses y quedaréis orgullosos de vuestros discípulos.» ¡A nosotros nos toca volar a los brazos que se nos abren lealmente y cuyo abrazo nos será beneficioso! El océano es grande, diréis. Perú es otro mundo. Id, y en Lima encontraréis a Francia. Hallaréis publicaciones francesas, cuestiones francesas, encontraréis personas que conocen la literatura francesa mejor que nosotros. De ello os váis a pecar aquí mismo dentro de algunos instantes, cuando oigáis hablar a un representante del Perú, mi querido amigo García Calderón, dos veces francés sincero, por la simpatía y por el sacrificio.

Pero el genio clásico, vos lo sabéis, como el dios de Platón, es ajeno a la envidia. No trata de humillar, de destruir, ni de reemplazar. Su gloria radica en hacer favores, en hacer sonreír la vida, la libertad, la originalidad, la individualidad. La lengua latina ha engendrado lenguas que son hermanas; pero que difieren grandemente entre sí, y que tienen cada una de ellas esplendor propio. El imperialismo alemán hubiera repugnado al Imperio romano. Al hacerse romana, Galia se unificó y comenzó a ser Francia, así como en el siglo XVII, al hacerse francesa, Alsacia adquirió su personalidad alsaciana. Es en este sentido, innecesario es decirlo, y no en el sentido alemán, como entendemos la influencia mutua que franceses y latino-americanos deben ejercer unos sobre otros. El resultado de esta influencia será acrecentar la potencia de

originalidad que hay en cada nación latina, al propio tiempo que se asemejan al tipo ideal común a todas ellas. De esta suerte se aplicará como divisa a los diferentes miembros de la familia latina la bella palabra del poeta: *Facies non omnibus una Nec diversa tamen, qualis decet esse sororum* (No es un solo y mismo rostro; pero tampoco no son rostros diversos. Tienen el parecido que conviene a las hermanas).

*

Discurso de don FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, Secretario de la Legación del Perú.

Al aceptar el gran honor de tomar la palabra en esta fiesta de la familia latina después de los maestros franceses del pensamiento y de la acción, olvido mi inferioridad para recordar que lazos antiguos y profundos unen el Perú, mi patria, a la Francia, para transportarme a ese vasto Continente en donde siempre hemos sostenido principios que son también los vuestros: el respeto a los tratados, la primacía del Derecho sobre la fuerza, el arbitraje y las justas reivindicaciones de los pueblos oprimidos.

Señores, la América latina era campo de lucha de todas las competencias financieras y de los imperia- lismos peligrosos. Rivales más audaces o más afortunados habían aventajado a Francia en el orden de las realidades económicas. Pero hé aquí que la hora del espíritu suena, sois atacados, invadidos, y una gran tristeza domina desde entonces ese mundo lejano; intelectuales, poetas, millonarios, se alistán en vuestros ejércitos. Vuestra Legión Extranjera se vuelve una

aristocracia. Parten, abandonan el comercio próspero y la existencia tranquila, porque Francia puede sucumbir; Francia que representa el quijotismo eterno, el miraje sublime de la justicia pura, los sueños de esta juventud apasionada.

Nunca semejante amistad se ha visto sobre la tierra; nunca un tal conjunto de «afinidades electivas» ha florecido con más heroísmo y nobleza. Pronto vuestras victorias hacían estremecerse a nuestras ciudades severas y lejanas; La Paz, Quito, México, Guatemala, Lima, Caracas, rodeadas desde su cuna de la más dulce leyenda de elegancia y de belleza; las metrópolis suntuosas del Atlántico, Buenos Aires, Rio Janeiro; nuestras capitales atenienses, Bogotá, Montevideo, y la isla encantadora y romántica de Cuba.

Para explicar este entusiasmo basta recordar que nuestra historia se desarrolla paralelamente a la vuestra. También nosotros tenemos nuestros girondinos. Vuestra Declaración de Derechos es traducida a la hora trágica de nuestra independencia. Bolívar medita el Contrato Social en los primeros años de su misión libertadora. Bilbao pide inspiraciones a Edgardo Quinet. Montalvo exalta la democracia cristiana de Lamartine. Cuando la disolución nos amenaza, Guizot será el maestro de nuestros conservadores angustiados. Augusto Comte da una religión a los hombres de Estado del Brasil que habían abandonado sus viejos dogmas. Un poeta de nuestra raza, Heredia, os trae nuestros «trofeos». Víctor Hugo conquista entre nosotros un reino sin límite. Si queréis fundar en La Haya el arbitraje y la paz, Ruy Barbosa y Drago se unen a León Bourgeois. Suele sucedernos que adop-

tamos escritores, artistas que desdeñáis en vuestro afán novedoso, y creemos entonces (dejadnos esta ilusión) que son los mejores. Lo que separáis aquí, nos complace unirlo allá, como si quisiéramos presentaros un cuadro más completo de vuestro esfuerzo y un eclecticismo que os hace sonreír. Amamos a la vez a Anatole France y a Paul Claudel, Maurice Barrès y Octave Mirbeau, Rodin y Falguière; la elocuencia de Jaurès, que nos parece un poco nuestra por la abundancia y la sonoridad, y la concisión fría y enérgica de Waldeck Rousseau. Por nuestras admiraciones y nuestros odios, por nuestras tradiciones y nuestro ideal, somos resueltamente francófilos, somos, señores, ochenta millones de hombres que creemos que si Francia fuere reducida, mutilada, el mundo perdería su dignidad y un crepúsculo definitivo caería sobre la civilización.

No hay, señores, sino una civilización hecha del aporte de todos los pueblos privilegiados, de todos los siglos nobles. Es la caridad de San Pablo y de Pascal, el pensamiento de los estoicos y Descartes, el himno a la libertad de vuestras grandes revoluciones; vuestro clasicismo que somete la anarquía de los sentimientos al orden supremo del espíritu; el idealismo de Schiller y de Beethoven; la pasión italiana de la belleza; es la risa de Luciano y de Voltaire, el orden flexible de democracia sajona, la Ciudad del Mundo de Marco Aurelio y la Sociedad de las Naciones de mañana.

Vosotros sois los defensores de esta civilización que rechaza el instinto hasta el oscuro dominio de las potencias inferiores, que establece la supremacía de la

razón, este icono que vosotros habéis siempre llevado a través de los continentes en vuestras peregrinaciones apasionadas, y que quiere crear un poco más de justicia y de bondad sobre la tierra en actividad. Extendéis los beneficios con una fe incansable a todas las naciones, porque tenéis, señores, el genio y el privilegio de la universalidad. De pie entre el pasado que se desmorona y el porvenir que preparáis, sobre el tumulto de los hombres y de los dioses, trabajáis por todos los pueblos, por la plenitud de los tiempos futuros. Vuestras luchas, vuestras revoluciones, no pueden jamás encerrarse dentro de vuestros recintos ilustres. Cada una de vuestras palabras, decía Maistre, es una conjuración. Se canta la Marsellesa en Pekín, en Santo Domingo, en Constantinopla, cuando los turcos buscan una nueva vía; en Bohemia, cuando se organiza una patria; por doquiera vuestras exhortaciones, tan pronto evangélicas, tan pronto proféticas, fortifican las voluntades nacionales y suscitan renacimientos.

Este dominio del espíritu lo debéis sin duda a vuestra clara lengua, a vuestro espíritu lúcido, a vuestro justo sentido de la medida y de la armonía, a esta unión que ningún pueblo ha realizado antes que vosotros, de la ironía y del entusiasmo, de la duda y del valor, del desprecio de la muerte y del gusto refinado de la vida. Pero asimismo lo debéis (permitidme citar una frase de Renan) a que hacéis cosas desinteresadas para el resto del mundo. Ninguna angustia del hombre os es extraña. Amáis a los pueblos que sufren, y les lleváis la esperanza, el ideal de vuestra fuerza generosa. Estáis como en vuestro hogar en



Polonia, en Bélgica, en Serbia, en Italia, en Rumanía, en Armenia, en todos los confines del mundo en donde la justicia va a reinar, en donde el mal va a perecer. Combatís por la causa de Dios, *gesta Dei*. Una bella canción de amor arroba vuestros oídos, y en todas las noches de la tierra, cuando triunfáis, hay una iluminación de apoteosis.

Estáis sobre todo en vuestra casa en América. Nos habéis dado una capital, París, que atrae sin cesar a nuestros artistas, a nuestros escritores, a nuestros hombres de Estado. No somos extranjeros en Francia. Es ésta la ciudad del espíritu que nuestra raza ha escogido desde hace cien años para enriquecer su pensamiento y embellecer su vida. De hoy más nuestros muertos duermen su glorioso sueño en esta tierra heroica. Toscas cruces en vuestros campos devastados recuerdan nuestro dolor. Hemos encontrado la segunda patria del corazón.

Señores: todas las edades desaparecidas reviven hoy, las luchas antiguas se renuevan, las guerras púnicas contra un imperio liberal, los sueños de hegemonía universal que van a desvanecerse en un lecho de púrpura sobre el Universo revolucionado, el misticismo francés del Derecho absoluto, la sombría majestad de los reyes asirios en guerra contra la libertad. Le queda a la humanidad desgarrada una esperanza suprema, este Nuevo Mundo en donde todas las razas, todas las religiones, viven en paz; este Continente sin castas, sin pesadas tradiciones ni ambiciones desmedidas, que se embriaga de libertad hasta el vértigo, en donde domina un optimismo robusto, el optimismo de Longfellow y de Rodó. Esta América, que rejuve-

nece todas las razas en sus ríos tutelares, que alienta el esfuerzo de los hombres por el prodigio de la naturaleza de sus bosques, de sus llanuras, de sus tesoros, de esta gran cadena de los Andes, que es como el esfuerzo de una tierra titánica hacia el infinito. Vendréis más y más a nosotros, señores, descubriréis nuestras riquezas intelectuales y morales, estudiaréis nuestra historia, leeréis nuestros pensadores y nuestros poetas, seguiréis nuestras luchas, en las cuales a menudo se refleja vuestra viril inquietud. Y estas *Semanas*, llenas de votos y de promesas, consolidarán nuestra amistad y acrecerán vuestra potencia.

Os traigo, señores, y pienso en las grandes voces de allende los mares que fortalecen la mía, los testimonios de admiración y de reconocimiento de veinte naciones, de vuestra familia espiritual de ultra-mar, de las más jóvenes repúblicas del mundo; saludo la unión admirable de Francia y de la América latina, la santa alianza del presente y el porvenir.

Olimpismo

Un distinguido y simpático escritor español mostrábase últimamente decepcionado porque cierto gran poeta extranjero había descendido de su olimpo ideológico y se había vuelto propagandista de sus compatriotas, poniéndose el membrete de una filia con su reverso de fobia correspondiente.

En cierto modo el distinguido escritor tenía razón. Nos choca, nos hiere, nos impresiona dolorosamente ver a un gran espíritu bregando en estos planos infe-

riores de la discusión, de la controversia apasionada.

Queríamos contemplarle siempre en la diamantina serenidad de su cumbre, en una actitud goethiana.

Queríamos que estuviese 'más allá del bien y del mal'.

Esta actitud, a primera vista, tiene por fuerza que enamorarnos a los poetas.

Yo mismo, al principio de la gran pugna, escribía (y Romain Rolland me pidió permiso para traducir estos versos en su revista *Demain* porque le parecieron «au dessus de la mêlée», en la cima de ecuanimidad suprema en que teóricamente deben estar los hombres de pensamiento y de ensueño), escribía, digo, lo siguiente:

«Poeta, tú no cantes la guerra, tú no rindas ese tributo rojo al Moloch; ¡sé inactual!
sé inactual y lejano como un dios de otros tiempos, como la luz de un astro que a través de los siglos llega a la humanidad.

Huye de la marea de sangre, hacia otras playas donde se quiebren límpidas las olas de cristal; donde el amor fecundo, bajo de los olivos, hinche con su faena los regazos y colme las ánforas gemelas y tibias de los pechos con su néctar vital.

—
Ya cuando la locura de los hombres se extinga, ya cuando las coronas se quiebren, al compás del orfeón coloso que cante marsellesas; ya cuando de las ruinas resurja el Ideal, poeta, tú de nuevo, la lira entre tus manos ágiles y nerviosas y puras, cogerás, y la nitida estrofa, la estrofa de luz y oro, de las robustas cuerdas otra vez surgirá; la estrofa llena de óptimos estímulos, la estrofa alegre, que murmure: Trabajo, Amor y Paz!»

Pero, meditando más, adentrándonos más en la lógica de las cosas, mirando también al «sentimiento», que es la zona en que deben moverse las almas selectas, advertimos que el «olimpismo» es un gran pecado en aquellos que por su alteza, por su prestigio tienen obligación de hablar, de obrar; en aquellos de quienes la patria o la humanidad esperan una «actitud» que acaso sea después derrotero, regla de conducta para los otros.

En todos los conflictos, en todas las luchas, en todas las perplejidades interiores, muchos hombres delicados se preguntan: «¿Qué pensará de esto Fulano?» «¿Qué resolución tomaría en mi caso?» «¿Aplaudiría lo que voy a hacer?»

Gusta a innumerables almas suponer, dado su conocimiento de otras almas elevadas a las que admiran, que en determinado momento contarían con su alta aprobación.

Se ha dicho que la posteridad no es sino una superposición de minorías.

Para muchos espíritus, la opinión no es más que el parecer de unos cuantos hombres elevados, a quienes estiman. El sentir de los otros no les importa.

Aun cuando la reprobación de las masas caiga sobre sus actos, siéntense confortados si uno o dos amigos excelsos aprueban su conducta.

Ciertamente a ninguno le importaría un ardite la unánime condenación social si supiese que Sócrates o Platón aprobaba su proceder.

Para determinados seres que viven en perfecta comunión con su «yo» superior, la límpida voz de éste basta a guiarles, a premiarles, a aplaudir sus es-

fuerzos, a consolarles de sus derrotas, y el mundo entero con su reprobación intentaría en vano contristarlos.

Esto supuesto, se explica que en las grandes crisis muchas almas inquietas y delicadas no se satisfagan con los dictámenes del espíritu del rebaño y vuelvan instintivamente los ojos hacia las cimas intelectuales o morales del mundo.

Cuando las huestes de Napoleón III invadían a México y sitiaban algunas de nuestras ciudades, en la cercada Puebla de los Angeles un grupo de jóvenes intelectuales volvió los ojos a Víctor Hugo, el gran desterrado, que había dicho:

Si l'on n'est plus que mille, eh bien, j'en suis. Si même
Ils ne sont plus que cent, je brave encor Sylla;
S'il en demeure dix, je serai le dixième
Et s'il n'en reste qu'un, je serai celui-la!

Querían saber aquellos jóvenes si el gran poeta estaba con ellos; pues que estando con ellos Víctor Hugo, ya no les importaba que estuviese contra ellos Napoleón.

Víctor Hugo estaba, en efecto, con ellos, y les escribió una admirable carta, que es histórica, como la otra, no menos admirable, en que pedía a Juárez la vida de Maximiliano.

Según el gran poeta, no era, no podía ser Francia, la Francia flamígera que había pregonado los más altos ideales de la tierra, quien invadía y torturaba a México, pretendiendo enclavar en la vieja tierra de Tenoch un imperio extranjero: Napoleón «el Pequeño» era el solo autor del atentado.

Víctor Hugo, y con él la Francia espiritual, estaban al lado de los defensores de Puebla.

El gran poeta jamás vaciló en descender de su olimpo para luchar por los intereses de la humanidad.

¡Qué diríamos de un ser superior que, mientras los hombres parecen, se encerrase en la marfileña cima de su torre a contemplar las estrellas!

Cuánto más grande es un hombre, más cerca está del corazón de los otros.

«La relación de unión que existe entre los miembros de un solo y mismo cuerpo—dice Marco Aurelio—existe también entre los seres razonables, por separados que estén entre sí, porque han sido organizados para cooperar a una misma obra. Tú te penetrarás mejor de este pensamiento si te repites con frecuencia: «Soy un miembro del cuerpo formado por seres razonables.» Pero si te dices, simplemente, que formas parte «de la sociedad humana,» es porque no amas de todo corazón a los hombres; es porque todavía no experimentas una verdadera alegría en hacerles bien; es porque les haces bien por simple decoro o por conveniencia; es porque no tratas a cada uno de ellos como a otro tú mismo.»

Y en otra parte exclama:

«Todas las cosas, entrelazadas unas con las otras, forman un encadenamiento divino; y no hay quizás ninguna que sea independiente de otra. Todas están subordinadas entre sí y su conjunto constituye la hermosura del mundo. Porque no hay más que

un solo mundo que lo comprende todo, un solo Dios que está en todas partes, una sola materia elemental, una sola ley que es la razón común de todos los seres inteligentes, y una sola verdad, lo mismo que no hay más que un solo estado de perfección para las criaturas del mismo género y para los seres que participan de la misma razón.»

Ningún dolor le es indiferente, ninguna angustia puede serle extraña al hombre superior.

Su corazón late al compás de todos los corazones.

A mayor alteza, mayor solidaridad, mayor penetración, hasta que llegamos al sabio, al filósofo de que habla Schopenhauer, que, torturado por los dolores ajenos, siente que la compasión lo mata y le parece que lleva encima la angustia del mundo.

Más allá de este sabio, de este filósofo, Cristo Jesús, empapado en sangre, muere de tal manera compenetrado con el dolor universal, que toda angustia es su angustia, y sólo porque es inmenso, su corazón no estalla.

No; el olimpismo, amigos míos, es sólo una forma—y de las más tristes—de la vanidad.

La vida, por lo demás, castiga cruelmente al que pretende vivir aislado de las humanas penas, al que se impermeabiliza de egoísmo.

Al egoísta el mal del mundo va a buscarle a su rincón escondido...

No podemos sustraernos a esta comunión de las almas.

Ya lo veis, a quienes ante la guerra decían:

«¿Qué se me da a mí?», o repetían aquella egoísta frase del París de otros tiempos:

«Pourvu que ça ne retarde pas l'heure de ma soupe!...» el desastre financiero ha ido a herirles por do más pecado habían, restándoles ganancias seguras, dividendos firmes, y a veces sumiéndolos en la miseria.

No nos dejemos tentar por el demonio de la «separatividad.»

La pluralidad es acaso la más espesa de las ilusiones de la tierra. Una misma alma nos anima. Un mismo espíritu «gime en nosotros.» No ensordecamos a su angustia.

Todo dolor es nuestro dolor, y el hombre que merezca de veras serlo ha de llevar como Atlas el mundo a cuestas.

Pero no se entienda por esto que un imprescindible deber de solidaridad nos obligue a la sociedad de los mediocres y de los tontos.

¡Ah! ¡no por cierto!

Nuestras relaciones con los mediocres y los tontos, cuyo número es infinito, según Salomón, deben reducirse a hacerles el bien y a soportarlos con paciencia... cuando la vida nos obligue a ello.

Al mismo Cristo lo fastidiaba e irritaba la tontería de sus discípulos y de los que lo rodeaban, incapaces de comprender el sentido divino de sus palabras, pidiendo a cada paso milagros, intrigando para estar en el reino de los cielos en sillas «más altas» que los otros. Su alma inmensa se complacía por eso en la soledad, y sus cuarenta días

de desierto en comunión misteriosa con las entidades invisibles, con el Padre, fueron acaso sus mejores días. La soledad y la compañía de los niños debieron complacerle tanto como asqueaba su espíritu la promiscuidad de los necios o la pedantería de los doctores!

No cabe ciertamente despreciar a nadie, porque todo hombre ha de llegar donde han llegado los más altos y en toda alma hay el germen maravilloso de un Dios. Pero mientras un ser está en el antipático período de ninfa, mientras su inteligencia puede apenas calificarse de ganglionar, mientras atraviesa por los senderos medios, bien está darle la mano para que no caiga, mas una vez que hemos hecho esto caritativamente, dejarlo en paz y seguir nuestro camino.

El aislamiento que nos sustrae a todos los vulgares rozamientos de la vida, es casi una virtud, es la tendencia natural del alma selecta, sobre todo porque en la soledad se dejan oír muchas admirables voces interiores y porque la naturaleza se muestra con aspectos inusitados. Pero tal aislamiento no es el olimpismo; no lleva aparejada la soberbia; no significa desdén; no se adora en el espejo de su propia excelencia; y cuando la sociedad, cuando la especie, requieren palabras cordiales, esfuerzos coordinados; cuando hacen un llamamiento al hombre representativo de cuyas luces y autoridad han menester, éste se apresura a salir de su morada solitaria; abandona su desierto lleno de suaves cuchicheos y de silenciosa compañía invisible, y dice aquello que es fuerza decir, y ayuda amorosamente a la labor común.

Y este es el reconfortable espectáculo a que la guerra actual nos ha acostumbrado.

Ningún hombre superior de Europa ha negado su concurso a su país, y por eso hemos visto y vemos a un Verhaeren, a un Bergson, a un Boutroux, a un Maeterlinck, viajar en propaganda y conquistar para sus patrias los sufragios de la humanidad.

Viajes apostólicos son éstos y sólo deben merecer nuestra admiración.

Ciertamente, con un gran suspiro de alivio han de volver el filósofo y el poeta a la íntima paz de su estudio, entre los árboles...

No hay labor más dura que la de salir de sí mismo para hablar a la multitud sonoramente, para decirle esas frases hechas que en determinados momentos son, sin embargo, necesarias...

Pero un alto deber exige tan dolorosa prueba, y quizás la más noble porción de la obra de los grandes espíritus será aquella que, aunque menos alta que las otras, fué, sin embargo, tónico, vino de entusiasmo, espolazo de estímulo para la masa, y fortificó el modesto ideal de los pueblos en los momentos más angustiosos de su historia.

AMADO NERVO

De *Revista de Revistas*, México.

Hace cuarenta años Castelar predijo el inmenso mal que el militarismo causaría en Alemania. El gran orador decía que con el sistema prusiano la patria de Kant ya no sería lo que fué en otro tiempo, *la Sibila inmortal de las ideas...*

Y nosotros, deseando la victoria de los aliados, no podemos querer la destrucción de la bella raza pensadora que volverá a ser la Alemania sibilina; pero es indudable que la civilización cristiana tiene interés en la ruina del militarismo prusiano. No puede, no debe ser estable lo que violenta y subleva, lo que agravia y ofende. Al reinado de la violencia, que es desequilibrio, siempre se opusieron las leyes de la estática que rigen a la historia.

Y psicólogo lamentable es quien abusó de la estrategia del terror sin tener en cuenta para nada la piedad y la justicia...

MANUEL DOMÍNGUEZ
Ex-Vice-Presidente del Paraguay.

Entrevistado recientemente en Roma por *La Tribuna* acerca de la ofensiva austro-alemana, ha dicho el Sr. Venizelos, el eminente hombre de Estado griego: «Austria y Alemania no persiguen un fin militar: buscan un fin esencialmente político. Esperaban que la resistencia de la nación italiana fuese rota, contaban con un desaliento general, tal vez con una revolución que hubiese destruído al ejército italiano, como ha paralizado al ejército ruso. El efecto ha sido contrario. No necesito decirlos que todos mis votos acompañan a vuestros soldados en la revancha inevitable. Nuestro enemigo es común, nuestros intereses son comunes, la amistad de nuestros dos países, Grecia y Roma, es bien antigua, y las nubes que hubiesen podido empañarla han desaparecido...»

Imp. Falcó y Borrásé

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un solo autor
Precio: 25 céntimos ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las Virgenes Locas*, Vicente Blasco Ibáñez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia*, Varios.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica Fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.

EN PREPARACIÓN:

Miscelanea literaria, Juan Maragall.
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.
La cadena sin fin (versos), José Toral Sagristá.
Instantáneas, Jacinto Benavente.
El hijo del camino, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Diálogos sobre la belleza, Francisco Pi y Margall.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Cuentos escogidos, Silverio Lanza.
La leyenda cristiana, Augusto Dide.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicas, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
Pensamientos de los jardines, Francis Jammes.
La perla negra, Victoriano Sardou.
Desde Europa, José Enrique Rodó.
Cuentos, Leopoldo Alas (Clarín).

Nuestro proposito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

En todos los cuadernos publicaremos una nota bibliográfica y el retrato del autor.

Aparecerán sucesivamente producciones de los escritores más conocidos de todos los países.

LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

BAROJA (PIO)

<i>Aurora roja</i>	3.50
<i>La feria de los discretos</i>	3.50
<i>Paradox, rey</i>	3.00
<i>Las tragedias grotescas</i>	3.00
<i>César o nada</i>	4.00
<i>Las inquietudes de Shanti Andia</i>	3.50
<i>El arbol de la ciencia</i>	3.50
<i>El mundo es así</i>	3.50
<i>El camino de perfección</i>	1.25
<i>El mayorazgo de Labraz</i>	1.25
<i>Zalacain el aventurero</i>	1.25
<i>El tablado de Arlequin</i>	1.25

Memorias de un hombre de acción:

<i>El aprendiz de conspirador</i>	3.50
<i>El escuadrón del Brigante</i>	3.50
<i>Los caminos del mundo</i>	3.50
<i>Con la pluma y con el sable</i>	3.50
<i>Los recursos de la astucia</i>	3.50
<i>La ruta del aventurero, novela</i>	3.50

MARTÍNEZ SIERRA (GREGORIO)

<i>Navidad, milagro en tres cuadros</i>	3.00
<i>El diablo se ríe</i>	3.50
<i>Aldea ilusoria, ilustrada</i>	3.00

KROPOTKINE (PEDRO)

<i>La conquista del pan</i>	1.25
<i>Palabras de un rebelde</i>	1.25
<i>Campos, fábricas y talleres</i>	1.25
<i>Las prisiones</i>	1.25
<i>La ciencia moderna y el anarquismo</i>	1.25



OBRA NUEVA

EL PRÍNCIPE FELIZ, de OSCAR WILDE.

Consta de 64 páginas de cuentos escogidos por la escritora CARMEN LIRA. Editado en *Renovación*. Vale 25 céntimos tomo. Léalo Ud.